

Paul B. Preciado

Un apartamento en Urano

Crónicas del cruce

Prólogo de Virginie Despentes



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

*Para Itziar,
the broad sun
the loved shore*

La edición final de este libro ha sido posible gracias a una beca de escritura de la Fundación LUMA Arles

Ilustración: Lorenza Böttner. © I. Oeding

Primera edición: abril 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Del prólogo, Virginie Despentes, 2019

© Paul B. Preciado, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9876-7

Depósito Legal: B. 6975-2019

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

PRÓLOGO

Paul,

Cuando me preguntaste si quería escribir este prólogo estábamos en el apartamento que ocupas en el centro de París. Los lugares en los que te instalas parecen siempre celdas monásticas. Un escritorio, un ordenador, unos cuadernos, una cama con un montón de libros que yacen a su lado. Es extraño estar en tu casa sin estar en mi casa; eres la persona con la que he pasado más tiempo en mi vida y ese afecto, extraño y familiar al mismo tiempo, sigue siendo un enigma para mí, como un sentimiento a medio camino entre el placer y el dolor, o más bien ambos a la vez. Eso debe de ser la nostalgia.

Me preguntaste si iba a escribir este prólogo y no me lo pensé antes de responder que sí. Vivíamos juntos cuando empezaste a escribir estas columnas para el periódico *Libération*, y después de separarnos continuaste enviándome tus textos para que siguiera leyendo tu francés. Todos sabemos que *Libération* podría muy bien ocuparse de ello. Pero esa era una forma de conservar un vínculo. Para mí, una manera de seguir viviendo en tus palabras, de no perder el hilo de tu pensamiento.

Sé cómo escribes. No sufres el bloqueo del escritor. Yo

no sería capaz de hacer este tipo de crónica porque cada vez me hundiría en una semana de pura angustia, una semana igual que la que acabo de pasar antes de comenzar a escribir este prólogo. Pensé desde el principio que este prólogo debería tener cinco mil caracteres, la longitud de tus artículos. Pensé en un plan, muy rápido, pero lo característico del bloqueo es que incluso aunque sepas lo que quieres escribir y no te muevas del escritorio, sigue sin venirte nada. El plan que tenía en mente comenzaba así: «El día en que escribo este prólogo, tú sales de la comisaría adonde has ido a denunciar las amenazas de muerte que esa misma noche han escrito en la puerta de tu casa.» Los mismos insultos y amenazas que aparecieron pintados en la puerta del local LGBT de Barcelona. Me escribes por WhatsApp: «Salgo de comisaría, tengo la mandíbula agarrotada y los huesos fríos. No me gusta ir a la policía.» Pero esta no es la primera vez que vas a la policía por amenazas de muerte desde que nos conocemos. La primera vez te pedí que no le dieras importancia, que no respondieras nada si te escribían para decirte que tenían intención de matarte y describían cómo iban a hacerlo. Hasta que a un activista gay de Madrid al que habían amenazado de muerte lo atacaron frente a su casa y lo dieron por muerto, aunque sobrevivió. Después de ese día, cuando volviste a recibir amenazas de muerte, fuiste a la comisaría. Recuerdo cómo le explicaste a la policía lo que eran las micropolíticas *queer*. Eso es lo que tú sabes hacer: contarles a los demás historias que eran incapaces de imaginarse y convencerlos de que es razonable querer que lo inimaginable suceda.

El día en que escribo este prólogo, el parlamentario brasileño Jean Wyllys anuncia su decisión de abandonar su país porque teme por su vida. Y un torrente de insultos homófobos cae sobre el joven Bilal Hassani, representante de Francia en Eurovisión.

Cuando comenzaste a escribir estos artículos para el pe-

riódico *Libération*, los principales medios de comunicación franceses apoyaban con entusiasmo las manifestaciones contra el matrimonio gay, como si hiciera falta promoverlas cada día. Dar voz a la intolerancia, defender el derecho de los fundamentalistas de la heterosexualidad a expresar su odio. Era indispensable. Era la señal, todos lo oímos, el final de una década de tolerancia. Cuando empezaste a escribir estas crónicas, todavía te llamabas Beto, no tomabas testosterona con regularidad, pero hablábamos de ti en masculino, como tú querías. Llamabas «peludos» a los biohombres, y eso me hacía reír. Hoy, nadie que te viera por la calle pensaría en decirte «Lo siento, señora» después de haberse confundido y haberte llamado señor. Hoy eres un hombre trans, y cuando estamos juntos en la calle lo que más me desconcierta no es que los hombres te hablen mejor, sino que las mujeres ya no se comporten de la misma manera contigo. Te adoran. Antes las chicas heteros no sabían qué pensar de tu feminidad masculina, quizás no se sentían cómodas contigo. Ahora te adoran, da igual que caminen por la calle paseando al perro, que vendan quesos o que sean camareras: a las mujeres les gustas, y te lo hacen saber como solo ellas saben hacerlo, colmándote de pequeñas atenciones gratuitas. Tú siempre dices que lo más extraño de convertirse en hombre es conservar intacto el recuerdo de la opresión. Tú siempre dices que exagero y que las mujeres no te prestan una atención especial. Y eso me hace reír.

Una vez reunidos, tus artículos dibujan un *skyline* coherente. Recuerdo todos los artículos, y el momento en que se publicaron, pero es una sorpresa descubrirlos de principio a fin. Una enorme sorpresa. En ellos se despliegan varias historias al mismo tiempo, a veces entrecruzadas, en ritmos alternos. En espiral, como diría Barthes, siempre alrededor de los mismos puntos, pero nunca a la misma altura. Este es un libro distinto de tus otros libros, más autobiográfico, más ac-

cesible, y, al mismo tiempo, un libro que recuerda a tu *Testo jonqui*, en el que también tejías varios hilos; «la trenza», lo llamabas tú. Esta colección es otra trenza. Hay un hilo de esta historia que nos concierne: nuestra separación y los años posteriores. Y otros hilos que se van entrelazando, para formar otros motivos. Es también la historia del fin de las democracias en Occidente. De cómo los mercados financieros han descubierto lo bien que pueden funcionar dentro de regímenes autoritarios, mejor incluso que dentro de las democracias, pues atados de pies y manos consumimos mejor. Y es también la historia de los refugiados retenidos en campos de asentamiento, o asesinados en el mar, o abandonados a la miseria en ciudades opulentas que se proclaman herederas del cristianismo. Sé que no estableces un paralelismo entre su situación y la tuya por gusto estético o por pose de izquierda, sino porque sabes, lo sabes por tu infancia de niña marimacho que creció a finales de la dictadura franquista y que ahora és trans, que eres y serás siempre uno de ellos, porque la miseria, como dice Calaferte, «nunca es una cuestión de fuerza» moral o mental o de mérito. La miseria es como un camión que puede lanzarse sobre ti, agarrarte y aplastarte en cualquier momento. Y tú no lo olvidas.

Y esta es también, por supuesto, la historia de tu transición: de tus transiciones. Tu historia no es la del paso de un punto a otro, sino la historia de una errancia, la búsqueda de un intervalo como lugar de la vida. Una transformación constante, sin identidad fija, sin actividad fija, sin dirección fija, sin país. Titulaste este libro *Un apartamento en Urano* porque no tienes ningún apartamento en la Tierra, solo las llaves de un lugar en París, como un día tuviste las llaves de un apartamento en Atenas. Tú nunca te mudas. Te mueves, pero no te mudas. A ti no te interesa afincarte. Detentas un estado de clandestinidad permanente. Cambias de nombre en tus documentos de identidad para poder cruzar las fronteras,

pero, tan pronto como te llamas Paul, escribes en *Libération* que no tienes la menor intención de adoptar la masculinidad dominante como nuevo género: tú deseas un género utópico.

Es como si lo ya posible se hubiera convertido en una prisión y tú en un fugitivo. Escribes entre los posibles, y al hacerlo despliegas lo que era imposible como posible. Me enseñaste algo esencial: no se puede hacer política sin entusiasmo. Hacer política sin entusiasmo es situarse en la derecha. Y tú haces política con un entusiasmo contagioso, sin ninguna hostilidad contra aquellos que exigen tu muerte, solo una conciencia de la amenaza que representan para ti, para nosotros. Tú no tienes tiempo para la hostilidad, ni tampoco carácter para la ira; despliegas mundos desde los márgenes, y lo sorprendente de ti es esa capacidad para seguir imaginando otra cosa. Como si las propagandas resbalaran sobre ti y tu mirada fuera sistemáticamente capaz de desestabilizar toda evidencia. Es tu arrogancia la que te hace sexy, esa entusiasta arrogancia que te permite pensar en otros lugares, desde los intersticios, que te hace querer vivir en Urano, que te lleva a escribir en un idioma que no es el tuyo antes de dar conferencias en otro idioma que tampoco es el tuyo... Pasar de una lengua a otra, de un libro a otro, de una ciudad a otra, de un género a otro: las transiciones son tu hogar. Y no quiero abandonar nunca esa casa por completo, no quiero olvidar nunca tu lengua intermediaria, tu lengua de la encrucijada, tu lengua en transición.

Esta es la idea de plan que me había hecho y quería concluir hablando de la obsesión que todos los regímenes autocráticos (de extrema derecha, religiosos o comunistas) tienen de atacar los cuerpos *queer*, los cuerpos de puta, los cuerpos trans, los cuerpos fuera de la ley. Es como si tuviéramos petróleo y como si todos los regímenes poderosos quisieran acceder a él y para ello nos privaran de la gestión de nuestras tierras. Es como si fuéramos ricos en una mate-

ría prima indefinible. Si le interesamos a tanta gente, debe de ser porque tenemos una rara y preciosa esencia. De lo contrario, ¿cómo explicar que todos los movimientos liberticidas estén tan interesados en nuestras identidades, en nuestras vidas, en nuestros cuerpos y en lo que hacemos en nuestras camas?

Y por primera vez desde que nos conocemos, yo soy más optimista que tú. Imagino que los niños nacidos después del año 2000 se negarán a verse atrapados en esta estupidez, y no sé si mi optimismo proviene de un terror tan grande que me niego a afrontarlo, o si viene de una intuición justa o si es que me he aburguesado y me digo que todo seguirá como está porque tengo mucho que ganar. No lo sé. Pero por primera vez en mi vida siento que toda esta violencia que resurge no es más que el último gesto desesperado de la masculinidad tradicional abusiva y violadora. La última vez que los oímos gritar y salir a matarnos por las calles para conjurar la miseria que constituye su marco de pensamiento. Creo que los niños nacidos después del año 2000 pensarán que seguir bajo este orden masculinista (o, por decirlo con tus palabras, «tecnopatriarcal») sería morir y perderlo todo.

Y creo que esos niños leerán tus textos, y que entenderán lo que propones, y que te amarán. Desde tu pensamiento, desde tu horizonte, desde tus espacios. Escribes para un tiempo que aún no ha sucedido. Escribes para los niños que aún no han nacido y que vivirán, como tú, en esta transición constante, que es lo propio de la vida.

Y le deseo todo el placer del mundo al lector que entra en tu libro. Bienvenido al apartamento de Paul B. Preciado. Suba a bordo de una cápsula de la que no saldrá ileso, pero verá que nada de lo que le va a ocurrir será violento. Simplemente, al pasar estas páginas, verá que, poco a poco y sin darse cuenta, el mundo empezará a darle vueltas y la sensación de gravedad no será más que un vago recuerdo. Estará

en otro lugar. Y, al salir de esta lectura, sabrá que ese espacio existe y que está abierto, que hay un lugar donde es posible ser algo completamente distinto de lo que hasta ahora le habían permitido imaginar.

VIRGINIE DESPENTES

INTRODUCCIÓN: UN APARTAMENTO EN URANO

Con los años, he aprendido a considerar los sueños, váyase a saber si por consuelo o por sabiduría, como parte integrante de la vida. Hay sueños que, por su intensidad sensorial, unas veces por su realismo y otras, precisamente, por su falta de realismo, merecen pertenecer a una biografía con el mismo derecho que el más notorio de los hechos acaecidos durante eso a lo que comúnmente se reduce lo que se entiende por experiencias realmente vividas, es decir, las que acontecen durante la vigilia. Al fin y al cabo, la vida empieza y termina en la inconsciencia, de modo que las acciones que llevamos a cabo en plena consciencia no son sino islotes en un archipiélago de sueños. Sería tan absurdo reducir la vida a la vigilia como considerar que la realidad está hecha de bloques lisos y perceptibles en lugar de ser un enjambre cambiante de partículas de energía y materia vibrátil, por el mero hecho de que no somos capaces de observarlas a simple vista. Por ello, ninguna vida puede ser narrada o evaluada por completo en su felicidad o en su insensatez sin tener en cuenta las experiencias oníricas. Lo que aquí funciona es la máxima de Calderón de la Barca, pero invertida: no se trata de que la vida sea sueño, sino de que los sueños también son vida. Tan extraño resulta pensar, como los egipcios, que los

sueños son canales cósmicos por los que pasan las almas de los antepasados para comunicarse con nosotros como decir, como pretende la neurociencia, que los sueños están hechos de un corta y pega de elementos vividos por el cerebro durante la vigilia que vuelven en la fase REM del sueño, mientras nuestros ojos se mueven bajo los párpados como si mirasen. Cerrados y dormidos, los ojos ven. De ahí que sea más adecuado decir que el psiquismo humano no cesa de crear y procesar la realidad, a veces en sueños y a veces despierto.

Mientras que en los últimos meses mi vida diurna y despierta ha estado, por decirlo con la eufemística expresión catalana, «bien si no entramos en detalles», mi vida onírica se ha desplegado con la potencia de una novela de Ursula K. Le Guin. En uno de mis últimos sueños, hablaba con la artista Dominique Gonzalez-Foerster de mis problemas, después de años de una existencia nómada, para decidir en qué lugar del mundo vivir. Los dos mirábamos los planetas girando suavemente en sus órbitas como si fuéramos dos niños gigantes y el sistema solar fuera un móvil de Calder. Yo le explicaba que, por el momento, y para evitar el duelo que suponía la decisión, tenía alquilado un apartamento en cada planeta, y que pasaba algo más de un mes en cada uno, pero que esta situación parecía, económica y vitalmente, insostenible. Seguramente por ser la autora del proyecto *Exotourisme*, Dominique aparece en el sueño como una experta en cuestiones inmobiliarias en el universo extraterrestre. «Yo tendría un apartamento en Marte e incluso guardaría un *pied-à-terre* en Saturno», decía Dominique haciendo gala de gran pragmatismo, «pero dejaría el apartamento de Urano. Está demasiado lejos.»

No tengo un conocimiento informado de la astronomía y desconozco la posición y la distancia de los distintos planetas del sistema solar cuando estoy despierto. Pero compruebo con sorpresa, al consultar la entrada de la página de Wikiped-

dia sobre Urano, que, en efecto, se trata de uno de los planetas más alejados de la Tierra. Solo Neptuno, Plutón y los planetas enanos Haumea, Makemake y Eris están más lejos. Leo también que Urano fue el primer planeta descubierto con ayuda de un telescopio apenas ocho años antes de la Revolución francesa. Utilizando una lente construida por él mismo, el astrónomo y músico William Herschel lo observó desde el jardín de su casa en el número 19 de la calle New King en la ciudad de Bath, un 13 de marzo de cielo despejado, brillando con luz amarilla y desplazándose lentamente. Sin saber todavía si se trataba de un astro enorme o de un cometa sin cola, Herschel lo nombró *Georgium Sidus*, «el planeta de Jorge», para consolar al rey, dicen, de la pérdida de las colonias británicas en América: Inglaterra había perdido un continente, pero había ganado un planeta. Gracias a Urano, Herschel pudo vivir de una generosa pensión real de doscientas libras de renta anual. Por culpa de Urano, tuvo que alejarse de la ciudad de Bath y de la música, donde era director de orquesta, y trasladarse a Windsor para que el rey pudiera tener la certeza de su nueva y lejana conquista colonial mirándola a través del telescopio. Por culpa de Urano, dicen, Herschel enloqueció y dedicó el resto de su vida a construir el telescopio más grande del siglo XVIII al que los ingleses denominaban popularmente el Monstruo. Por culpa de Urano, dicen, Herschel nunca más volvió a tocar el oboe. Murió con ochenta y cuatro años: exactamente los que tarda Urano en girar alrededor del Sol. Dicen que el tubo de su telescopio era de tal diámetro que la familia lo utilizó como reflectorio para celebrar su entierro.

Con lentes más potentes que las del Monstruo, los físicos contemporáneos definen a Urano como un «gigante helado» y gaseoso compuesto de hielo, metano y amoníaco. Se trata del planeta más frío del sistema solar, con vientos que pueden sobrepasar los novecientos kilómetros por hora. En fin,

no se puede decir que las condiciones de habitabilidad sean idóneas. Seguramente Dominique tenía razón: tendré que dejar el apartamento de Urano.

Pero el sueño de Urano funciona en mi cerebro como un virus. Después de esa noche, durante la vigilia, aumenta en mí la sensación no solo de tener un apartamento en Urano, sino también de que es en Urano donde quiero vivir.

Para los griegos, como para mí en el sueño, Urano era el techo sólido del mundo, el límite de la bóveda celeste. Por ello, en muchas de las invocaciones rituales griegas, Urano es pensado como el hogar de los dioses, por decirlo siguiendo la semántica del sueño, el lugar, lejano y etéreo, donde los dioses tenían sus apartamentos. En la mitología, Urano es el hijo que Gea, la Tierra, tuvo sola, sin inseminación ni apareamiento. La mitología griega es al mismo tiempo una suerte de relato de ciencia ficción retro que anticipa en modalidad *do it yourself* las tecnologías de reproducción y transformación del cuerpo que irán apareciendo a lo largo de los siglos XX y XXI y una telenovela cutre en la que los personajes se libran a una inimaginable cantidad de relaciones fuera de la ley. Así, se dice que Gea acabó casándose con su hijo Urano, un titán al que a menudo se representa en medio de una nube de estrellas, como si fuera un Tom de Finlandia bailando con otros tipos musculosos en una discoteca techno del Olimpo. De las incestuosas y poco heterosexuales nupcias del cielo y de la tierra nació la primera generación de titanes, entre los que estaban Océano (el Agua), Cronos (el Tiempo), o Mnemósine (la Memoria). Urano es al mismo tiempo el hijo de la Tierra y el padre de todo lo demás. No queda claro cuál era el problema de Urano, pero lo cierto es que no era buen padre: o retenía a sus hijos en el útero de Gea o los arrojaba al Tártaro cuando nacían. Así que Gea convenció a uno de sus hijos para que sometiera a su padre a una última y definitiva operación anticonceptiva. En el Pala-

zzo Vecchio de Florencia puede verse la representación que Giorgio Vasari hizo en el siglo XVI de Cronos castrando con una guadaña a su padre Urano. De los genitales cortados de Urano surgió Afrodita, la diosa del amor..., lo que podría dar a entender que el amor procede por desconexión de los genitales del cuerpo, por desplazamiento y externalización de la fuerza genital.

Es esta forma de concepción no heterosexual que aparece citada en el *Banquete* de Platón la que inspirará a Karl Henrich Ulrichs para acuñar el término «uranista» en 1864, con el que se refiere a lo que él mismo denomina entonces los amores del «tercer sexo». Para explicar cómo puede haber hombres que se sienten atraídos por otros hombres, Ulrichs, siguiendo a Platón, corta la subjetividad en dos, separa el alma y el cuerpo, e inventa una combinatoria de almas y cuerpos que le permita reclamar la dignidad de aquellos que aman de otra manera. La segmentación alma y cuerpo reproduce en el orden de la experiencia la epistemología binaria de la diferencia sexual. Solo hay dos opciones, masculino y femenino. Los uranistas no son, dice Ulrichs, ni enfermos ni criminales, sino almas femeninas encerradas en cuerpos masculinos que se sienten atraídas por almas masculinas. No está mal pensado como solución para una forma de amar que en la Inglaterra o la Prusia de la época podía conducirte a la horca y que hoy sigue siendo ilegal en setenta y cuatro países y causa de pena de muerte en trece países, entre ellos Nigeria, Yemen, Sudán, Irán o Arabia Saudita, y motivo habitual de violencia familiar, social y policial en la mayoría de las democracias occidentales.

Ulrichs no hace esta afirmación como científico, sino en primera persona. No dice «hay uranistas», sino «yo soy uranista» y lo afirma, en latín, el 28 de agosto de 1867, después de haber sido condenado a prisión y de que sus libros hayan sido prohibidos, frente a un congreso de quinientos juristas,

frente a los miembros del Parlamento alemán y a un príncipe bávaro: un público ideal para esa suerte de confesiones. Hasta entonces Ulrichs se había ocultado tras el seudónimo Numa Numantius. Pero ese día habla en su propio nombre, se atreve a ensuciar definitivamente el apellido de su padre. En su diario, Ulrichs confiesa estar aterrado, haber pensado, pocos instantes antes de salir al escenario de la Gran Sala del Teatro del Odeón en Múnich, en escapar y en no volver nunca. Pero recuerda entonces las palabras del activista suizo Heinrich Hössli, que unos años antes había defendido la homosexualidad (aunque sin hablar de sí mismo):

Ante mí se presentan dos senderos: escribir este libro y exponerme a la persecución, o no escribirlo y sentirme lleno de culpa hasta el día de mi entierro. Seguramente me he enfrentado con la tentación de dejar de escribir... Pero ¡ante mis ojos aparecieron las imágenes de los perseguidos y de los ya miserables que todavía no han nacido, y percibí a las madres infelices al lado de las cunas que mecían a sus niños malditos e inocentes! Y luego vi a nuestros jueces con los ojos vendados. Por fin me imaginé a mi sepulturero deslizándose la cubierta de mi ataúd sobre mi cara fría. Entonces, antes de esclavizarme a él, me venció el deseo imperioso de levantarme y de defender la verdad oprimida... Y así seguí escribiendo con los ojos resueltamente desviados de los que trabajaban para mi destrucción. No tengo que escoger entre callarme o hablar. Me digo a mí mismo: «¡Hable o quédese juzgado!»

Cuenta Ulrichs en su diario que algunos jueces y parlamentarios sentados en la Gran Sala del Odeón de Múnich gritaban, al escuchar su discurso, como una turba enloquecida: «¡Cierren la sesión! ¡Cierren la sesión!» Pero anota también que una o dos voces se elevaban para decir: «¡Déjenlo

seguir hablando!» En medio de un alboroto caótico, el presidente de la sala abandona el teatro, pero algunos parlamentarios se quedan. Escuchan.

Pero ¿qué significa hablar para aquellos a quienes se nos ha negado acceso a la razón y al conocimiento, para aquellos a quienes se nos ha considerado enfermos? ¿Con qué voz podemos hablar? ¿Nos prestarán sus voces el jaguar o el cibernético? Hablar es inventar la lengua del cruce, proyectar la voz en un viaje interestelar: traducir nuestra diferencia al lenguaje de la norma; mientras continuamos, en secreto, haciendo proliferar un bla-bla-bla insólito que la ley no entiende.

Ulrichs fue uno de los primeros ciudadanos europeos que afirmó públicamente que quería tener un apartamento en Urano. El primer enfermo sexual y criminal que tomó la palabra para denunciar las categorías que lo construían como enfermo sexual y como criminal. No dijo «no soy sodomita», sino que defendió el derecho a practicar la sodomía entre hombres apelando a una reorganización de los sistemas de signos, a una modificación de los rituales políticos, que definen el reconocimiento social de un cuerpo como sano o enfermo, como legal o ilegal. En cada palabra del Ulrichs que les habla a los juristas de Múnich desde Urano se oye la violencia que produce la epistemología binaria de Occidente. El universo entero cortado en dos y solamente en dos. En este sistema de conocimiento, todo tiene un derecho y un revés. Somos el humano o el animal. El hombre o la mujer. Lo vivo o lo muerto. Somos el colonizador o el colonizado. El organismo o la máquina. La norma nos ha dividido. Cortado en dos. Y forzado después a elegir una de nuestras partes. Lo que denominamos subjetividad no es sino la cicatriz que deja el corte en la multiplicidad de lo que habríamos podido ser. Sobre esa cicatriz se asienta la propiedad, se funda la familia y se lega la herencia. Sobre esa cicatriz se escribe el nombre y se afirma la identidad sexual.

El 6 de mayo de 1868, Karl Maria Kertbeny, activista y defensor de los derechos de las minorías sexuales, le envía una carta manuscrita a Ulrichs en la que inventa la palabra «homosexual» para referirse a lo que su amigo denominaba «uranistas». Defiende, contra la ley antisodomía que regía en Prusia, que las prácticas sexuales entre personas del mismo sexo eran tan «naturales» como las de esos que él denomina por primera vez también «heterosexuales». Si para Kertbeny homosexualidad y heterosexualidad eran simplemente dos formas naturales de amar, para los representantes de la ley de la medicina de finales del siglo XIX la homosexualidad será reconfigurada como enfermedad, como desviación y como crimen.

No les estoy hablando de historia. Les hablo de su vida, de la mía, del ahora. Mientras que la noción de «uranismo» se perdió en el archivo de la literatura, las nociones de Kertbeny se convertirán en auténticas técnicas biopolíticas de gestión de la sexualidad y de la reproducción durante el siglo XX, hasta el punto de que todavía la mayoría de ustedes continúan utilizándolas para referirse a su propia identidad como si se tratara de categorías descriptivas. La homosexualidad estará presente como enfermedad sexual hasta 1975 en los manuales psiquiátricos de Occidente y es todavía una noción central no solo en los discursos de psicología clínica, sino también en los lenguajes políticos de las democracias occidentales. Cuando la noción de «homosexualidad» desaparece de los manuales psiquiátricos aparecen las nociones de «intersexualidad» y «transsexualidad» como nuevas patologías a las que la medicina, la farmacología y la ley proponen poner remedio. A cada cuerpo que nace en un hospital de Occidente se lo examina y somete a los protocolos de evaluación de normalidad de género inventados en los años cincuenta en Estados Unidos por los doctores John Money, John y Joan Hampson: si el cuerpo del bebé no se adecúa a los criterios visuales de la diferencia sexual será sometido a una ba-

tería de operaciones de «reasignación sexual». Del mismo modo, y con algunas excepciones, ni el discurso científico ni la ley reconocen la posibilidad de que un cuerpo pueda inscribirse en la sociedad de los humanos sin aceptar la diferencia sexual. La transexualidad y la intersexualidad se describen como patologías marginales, no como síntomas de la inadecuación de la complejidad de la vida con el régimen político-visual de la diferencia sexual.

¿Cómo pueden ustedes, cómo podemos nosotros, organizar todo un sistema de visibilidad, de representación y de concesión de soberanía y de reconocimiento político de acuerdo con tales nociones? ¿De verdad creen ustedes que son homosexuales o heterosexuales, intersexuales o transexuales? ¿Les preocupan esas distinciones? ¿Confían en ellas? ¿Reposa sobre ellas el sentido mismo de su identidad como humano? Si sienten un temblor bajo su garganta al oír una de estas palabras, no lo acallen. Es la multiplicidad del cosmos que intenta entrar en su garganta como si fuera el tubo del telescopio de Herschel. Permítanme decirles que la homosexualidad y la heterosexualidad no existen fuera de una taxonomía binaria y jerárquica que busca preservar el dominio del *pater familias* sobre la reproducción de la vida. La homosexualidad y la heterosexualidad, la intersexualidad y la transexualidad no existen fuera de una epistemología colonial y capitalista que privilegia las prácticas sexuales reproductivas en beneficio de una estrategia de gestión de la población, de la reproducción de la fuerza de trabajo, pero también de la reproducción de la población que consume. Es el capital y no la vida lo que se reproduce. Pero si la homosexualidad y la heterosexualidad, si la intersexualidad y la transexualidad no existen, ¿qué somos?, ¿cómo amamos? Imágínenselo.

Vuelve entonces mi sueño y comprendo que mi condición trans es una nueva forma de uranismo. No soy un

hombre. No soy una mujer. No soy heterosexual. No soy homosexual. No soy tampoco bisexual. Soy un disidente del sistema sexo-género. Soy la multiplicidad del cosmos encerrada en un régimen epistemológico y político binario, gritando delante de ustedes. Soy un uranista en los confines del capitalismo tecnocientífico.

Como Ulrichs, no les traigo ninguna noticia de los márgenes, sino un trozo de horizonte. Les traigo noticias de Urano, que no es ni el reino de dios ni la cloaca, sino todo lo contrario. Me fue asignado género femenino en el nacimiento. Se dijo de mí que era lesbiana. Decidí autoadministrarme dosis regulares de testosterona. Nunca pensé que fuera un hombre. Nunca pensé que fuera una mujer. Era muchos. Nunca me consideré transexual. Quise experimentar con la testosterona. Me interesa su viscosidad, la imprevisibilidad de los cambios que provoca, la intensidad de los afectos que estimula cuarenta y ocho horas después de la inyección. Y su capacidad, si las inyecciones son regulares, de deshacer la identidad, de hacer emerger estratos orgánicos del cuerpo que de otro modo habrían permanecido invisibles. Aquí, como en otras cosas, lo esencial son las unidades de medida: la dosis, el ritmo de las tomas, la serie, la cadencia. Yo quería volverme desconocido. No pedí testosterona a las instituciones médicas como terapia hormonal para curar una supuesta «disforia de género». Quise funcionar con la testosterona, producir la intensidad de mi deseo en conexión con ella, multiplicar mis rostros metamorfoseando mi subjetividad, fabricar un cuerpo como se fabrica una máquina revolucionaria. Deshice la máscara de la feminidad que la sociedad había dibujado sobre mi cara hasta que mis documentos de identidad se volvieron ridículos, obsoletos. Y después, sin escapatoria, acepté identificarme como transexual y «enfermo mental» para que el sistema médico-legal pudiera reconocirme como cuerpo vivo humano. He pagado con mi cuerpo el nombre que llevo.

Con la decisión de construir mi subjetividad con la testosterona, como el chamán construye la suya con la planta, asumo la negatividad de mi tiempo, una negatividad que me veo forzado a representar, y contra la cual puedo luchar desde esta encarnación paradójica que es ser un hombre trans en el siglo XXI, un feminista con nombre de varón en el movimiento #NiUnaMenos, un ateo del sistema sexo-género convertido en consumidor de la industria farmacopornográfica. Mi in-existente existencia como hombre trans es al mismo tiempo el clímax del antiguo régimen sexual y el principio de su colapso, el término de una progresión normativa y el comienzo de una proliferación futura.

Vine a hablarles a ustedes y a los muertos, o mejor, a aquellos que viven como si ya estuvieran muertos, pero sobre todo he venido para hablar a los niños malditos e inocentes que nacerán. Los uranistas somos los supervivientes de una tentativa sistemática y política de infanticidio: hemos sobrevivido al intento de matar en nosotros, cuando aún no éramos adultos, ni podíamos defendernos, la multiplicidad radical de la vida y el deseo de cambiar los nombres de todas las cosas. ¿Están ustedes muertos? ¿Nacerán mañana? Los felicito retrasada o anticipadamente.

No les traigo ninguna noticia de los márgenes. Les traigo noticias del cruce, que no es ni el reino de dios ni la cloaca, sino todo lo contrario. No se asusten, no se exciten. No vine a explicarles nada morboso. No vine a contarles qué es un transexual, ni cómo se cambia de sexo, ni lo bien o lo mal que se pasa durante la transición. Porque nada de eso sería cierto o no más cierto que es cierta la luz de la tarde cuando el sol cae sobre algún lugar del planeta Tierra dependiendo de desde dónde se mire. O que es cierta la órbita lenta y amarilla que describe Urano cuando gira. No les diré qué pasa con la testosterona, ni qué ocurre con mi cuerpo. Tómense la molestia de administrarse ustedes mismos las dosis

de conocimiento que les sean necesarias y que su gusto por el riesgo les permita.

No vine a nada de eso. No sé a lo que vine, como decía mi madre indígena Pedro Lemebel, pero estoy aquí. En este apartamento de Urano que da sobre los jardines de Roma. Y me voy a quedar un rato. En el cruce. Porque es el único sitio que existe, lo sepan o no. No existe ninguna de las dos orillas. Estamos todos en el cruce. Y es desde el cruce desde donde les hablo, como el monstruo que ha aprendido el lenguaje de los hombres.

Ya no necesito, como Ulrichs, afirmar que soy un alma de hombre encerrado en un cuerpo femenino. No tengo alma, ni tengo cuerpo. Soy el cosmos. Tengo un apartamento en Urano, lo que sin duda me sitúa lejos de la mayoría de los terrícolas, pero no tan lejos como para que cualquiera de ustedes no pueda viajar allí. Los espero. Aunque sea en sueños.

Crónicas del cruce

Si este libro está escrito bajo el signo de Urano es porque en él se recogen algunas de las «crónicas del cruce». Se trata de las crónicas, textos en su mayoría escritos en aeropuertos y en habitaciones de hotel, que escribí para el periódico francés *Libération* y para algunos otros medios europeos entre 2010 y principios de 2018. Cuando empecé a escribir estas crónicas mi nombre era aún Beatriz y, aunque disidente desde mi lesbianismo *queer*, ocupaba una posición social y legal femenina. Acabo este libro, aún en el cruce, firmando con un nuevo nombre y con un documento de identidad que indica que mi sexo legal es masculino. A partir de 2013 se ha mantenido el estricto orden cronológico en el que se escribieron las crónicas porque esta es también la secuencia de esta transición sexual y de género, el relato del cruce. En este sentido,

estas crónicas tienen dos (o más) autores, o dicho de otro modo, en ellas se manifiesta de forma hiperbólica (un fenómeno que existe en todo proceso de escritura pero que se oculta bajo la unicidad del nombre) la distribución de la autoría en una multiplicidad de voces que operan el cruce.

Me atrevería a decir que son los procesos de cruce los que mejor permiten entender la transición política global a la que nos enfrentamos. El cambio de sexo y la migración son las dos prácticas de cruce que, al poner en cuestión la arquitectura política y legal del colonialismo patriarcal, de la diferencia sexual y del Estado-nación, sitúan a un cuerpo humano vivo en los límites de la ciudadanía e incluso de lo que entendemos por humanidad. Lo que caracteriza a ambos viajes, más allá del desplazamiento geográfico, lingüístico o corporal, es la transformación radical no solo del viajero, sino también de la comunidad humana que lo acoge o lo rechaza. El antiguo régimen (político, sexual, ecológico) criminaliza toda práctica de cruce. Pero allí donde el cruce es posible empieza a dibujarse el mapa de una nueva sociedad, con nuevas formas de producción y de reproducción de la vida.

En mi caso, el cruce comenzó en 2004, cuando empecé a administrarme pequeñas dosis de testosterona. Durante unos años, transitando un espacio de reconocimiento de género que oscilaba entre lo femenino y lo masculino, entre la masculinidad lesbiana y la feminidad King, experimenté la posición que ahora se denomina *gender fluid*. La fluidez de las encarnaciones sucesivas chocaba con la resistencia social a aceptar la existencia de un cuerpo fuera del binario sexual. Esa «fluidez» fue posible durante los años en los que me administré una dosis de testosterona que denominamos «umbral» porque no dispara la proliferación en el cuerpo de los llamados «caracteres secundarios» del sexo masculino. Estas crónicas comienzan en algún lugar de ese umbral.

Paradójicamente, renuncié a la fluidez porque deseaba el

cambio. La decisión de «cambiar de sexo» se acompaña forzosamente de eso que Édouard Glissant denomina «un temblor». El cruce es el lugar de la incertidumbre, de la no-evidencia, de lo extraño. Y todo eso no es una debilidad, sino una potencia. «El pensamiento de temblor», dice Glissant, «no es el pensamiento del miedo. Es el pensamiento que se opone al sistema.» En septiembre de 2014 inicié un protocolo médico-psiquiátrico de reasignación de género en la clínica Audre Lorde de Nueva York. «Cambiar de sexo» no es, como quiere la guardia del antiguo régimen sexual, dar un salto a la psicosis. Pero tampoco es, como pretende la nueva gestión neoliberal de la diferencia sexual, un mero trámite médico-legal que puede completarse durante la pubertad para dar paso a una normalidad absoluta. Un proceso de reasignación de género en una sociedad dominada por el axioma científico-mercantil del binarismo sexual, donde los espacios sociales, laborales, afectivos, económicos o gestacionales están segmentados en términos de masculinidad o feminidad, de heterosexualidad o de homosexualidad, es cruzar la que es quizás, junto con la raza, la más violenta de las fronteras políticas inventadas por la humanidad. Cruzar es al mismo tiempo saltar una pared vertical infinita y caminar sobre una línea dibujada en el aire. Si el régimen heteropatriarcal de la diferencia sexual es la religión científica de Occidente, entonces cambiar de sexo no puede ser sino un acto herético. A medida que aumentaba la dosis de testosterona, los cambios se intensificaron: el vello facial es simplemente un detalle en comparación con la rotundidad con la que la voz precipita un cambio de reconocimiento social. La testosterona propicia una variación del grosor de las cuerdas vocales, un músculo que, al modificar su forma, varía el tono y el registro de la voz. El cambio de voz es experimentado por el viajero de género como una posesión, un acto de ventriloquia que lo fuerza a identificarse a sí mismo con lo des-

conocido. Seguramente esta mutación es una de las cosas más bellas que he vivido. Ser trans es desear un proceso de *créolisation* interior: aceptar que uno solo es uno mismo gracias y a través del cambio, del mestizaje, de la mezcla. La voz que la testosterona propulsa en mi garganta no es una voz de hombre, es la voz del cruce. La voz que tiembla en mí es la voz de la frontera. «Entendemos mejor el mundo», dice Glissant, «cuando temblamos con él, porque el mundo está temblando en todas direcciones.»

Junto al cambio de voz vino el cambio de nombre. Durante un tiempo deseé que mi nombre femenino fuera declinado en masculino. Es decir, quise llamarme Beatriz y ser tratado, según las gramáticas, con pronombres y adjetivos masculinos. Pero aquella torsión gramatical era aún más difícil que la fluidez de género. Decidí entonces buscar un nombre masculino. En mayo de 2014, el Subcomandante Marcos anunciaba en una carta abierta enviada desde «la realidad zapatista» la muerte del personaje Marcos que había sido inventado como nombre sin rostro para dar voz al proceso revolucionario de Chiapas. En ese mismo comunicado, el Subcomandante afirmaba que dejaba de llamarse Marcos para llamarse Galeano, en homenaje a José Luis Solís Sánchez, alias Galeano, asesinado en mayo de 2014. Pensé entonces en llamarme Marcos. Quería llevar el nombre de Marcos como un pasamontañas que cubriera mi rostro y mi nombre. Marcos sería una forma de desprivatizar mi antiguo nombre, de colectivizar mi rostro. Mi decisión fue denunciada de inmediato en las redes por los activistas latinoamericanos como un gesto colonial. Afirmaban que, siendo blanco y español, no podía llevar el nombre de Marcos. La ficción política duró tan solo unos días. Ese nombre, injerto político fallido, existe solo como un rastro efímero insertado dentro de la firma de la crónica de *Libération* del 7 de junio de 2014. Sin duda tenían razón. Había en ese gesto arrogancia

colonial y vanidad personal, pero también búsqueda desesperada de protección. ¿Quién se atreve a dejar su nombre para darse un nombre sin historia, sin memoria, sin vida? Aprendí dos cosas, aparentemente contradictorias, del fallo del injerto del nombre Marcos: tendría que luchar por mi nombre y, al mismo tiempo, mi nombre tendría que ser una ofrenda, me tendría que ser regalado como un talismán.

Les pedí a mis amigos que eligieran un nombre para mí: que mi nuevo nombre se escogiera de forma cooperativa. Pero ninguno de los nombres escogidos (Orlando, Max, Pascal...) se impuso como mío. Fue entonces cuando inicié una serie de rituales chamánicos para encontrar un nombre. Me dispuse a hacer lo necesario para cambiar. Me entregué al cruce. Así fue como, por fin, soñé mi nuevo nombre una noche de diciembre de 2015 en una cama del Barrio Gótico de Barcelona: acepté el nombre, extraño y absurdamente banal, de Paul. Lo acogí como mío. Pedí a todo el mundo que me llamara por ese nombre. En paralelo, inicié un proceso judicial de demanda de cambio de nombre y de sexo legal. Comencé, junto con la abogada Carme Herranz, un proceso de cambio de sexo legal en el que solicitaba que el nombre Paul Beatriz se reconociera como masculino. Después de meses de silencio e incertidumbre, la decisión legal llegó un 16 de noviembre de 2016. Mi nuevo nombre fue publicado, como lo exige la ley española vigente, entre los nombres de los niños que habían nacido ese día en la misma ciudad en la que yo nací hace más de cuarenta años. Estas crónicas registran el cambio de voz y de nombre. Hasta diciembre de 2015 están firmadas con el nombre Beatriz, excepto la que firmo, tentativa y brevemente, como Beatriz Marcos. A partir de enero de 2016, es Paul B. quien firma. En todos los casos, la firma, deshecha y reconstruida por una multitud de actos políticos, no aparece aquí como un lugar de autoridad, sino como un testigo del cruce.

Una transición de género es un viaje jalonado de múltiples fronteras. Quizás para intensificar la experiencia del cruce, nunca he viajado tanto como en los meses que duraron la parte más abrupta de la transición y el proceso de búsqueda de un nombre. Como en la experiencia del exilio, el viaje empezó con la pérdida del paraíso: la muerte de Pepa, la ruptura amorosa, la expulsión del museo, el derribe del Programa de Estudios Independientes, la pérdida de la casa, alejarme de París... A esas pérdidas involuntarias se añadieron otras pérdidas estratégicas: había decidido desidentificarme. El aumento de la dosis de testosterona suscitaba no solo la pérdida de la feminidad como código de identificación social, del rostro y del nombre, sino también, y sobre todo, durante meses, la pérdida de mi estatuto de ciudadanía legal. Con una apariencia cada vez más masculina y un documento de identidad femenino, perdí el privilegio de la invisibilidad social y de la impunidad de género. Me convertí en un migrante de género. En esta situación, con un pasaporte que era cuestionado en cada frontera, acepté la posición de comisario de programas públicos de documenta 14, una exposición de arte internacional, me mudé a Atenas y me entregué al viaje: Palermo, Buenos Aires, Estambul, Lyon, Kiev, Zúrich, Barcelona, Turín, Madrid, Frankfurt, Nueva York, Bergen, Chicago, Roma, Iowa, Berlín, Kassel, Londres, Cartagena de Indias, Viena, Los Ángeles, Trondheim, México D. F., Dublín, Helsinki, Ámsterdam, Bogotá, San Francisco, Ginebra, Róterdam, Múnich, las islas griegas, Lesbos, Hidra, Alónissos... Crucé innumerables fronteras con ese pasaporte que era constantemente cuestionado, adaptándome a contextos políticos que exigían una refeminización exprés: un buen afeitado, un pañuelo en el cuello, un bolso, una entonación más aguda de la voz... y mi cuerpo reencarnaba la feminidad que yo había des-aprendido para convertirme en Paul en un intento de cruzar la frontera. El cruce

exigía al mismo tiempo flexibilidad y determinación. El cruce exigía pérdidas, pero las pérdidas me forzaban a inventar la libertad.

Sin rostro masculino ni femenino, sin nombre fijo y con un pasaporte incierto, me mudé a Atenas: una ciudad bisagra entre Occidente y Oriente, una ciudad del cruce. Llegué a una Atenas azotada por la economía de la deuda y las políticas de austeridad, confrontada a la gestión de la afluencia de miles de migrantes y refugiados que cruzaban las costas del Mediterráneo escapando de las guerras poscoloniales en Oriente Medio. Atenas era un observatorio único para entender los procesos de destrucción neoliberal de Europa, del control social a través de la economía de la deuda y de la reconstrucción de los Estados-nación como enclaves fantasmáticos de recuperación de soberanía racial y patriarcal frente a los procesos de guerra y globalización financiera que están teniendo lugar. Sentí que Atenas estaba, como mi voz, temblando, y la amé. Me enamoré de sus calles, de sus gentes, de su lengua. En el verano del 2015, la ciudad vivía un doble colapso político. El gobierno de Tsipras se negaba a aceptar el voto democrático contra las políticas de austeridad; al mismo tiempo que el puerto del Pireo y la plaza Victoria se convertían en improvisados campamentos de refugiados sin agua, sin comida, sin ninguna de las infraestructuras necesarias para la vida. Como ya ocurrió en el 15-M, una nueva figura de lo político fraguó frente a mí el día 5 de julio de 2015 cuando cientos de miles de atenienses, ciudadanos y migrantes, se dieron cita en la plaza Síntagma gritando «no nos representan». La utopía de las socialdemocracias representativas se había venido abajo. El Parlamento griego de la plaza Síntagma era una arquitectura de poder hueca. El verdadero parlamento estaba en las calles de Atenas.

Contra la hipótesis del «fin de la historia» según la cual las fuerzas neoliberales de la globalización actuarían como

un vector democratizante y homogeneizador que erosionaría los Estados-nación para construir un único mundo sin fronteras, se alzaba un nuevo orden mundial definido por la reconstrucción de las fronteras raciales, de clase, de género y de sexualidad. Las reestructuraciones económicas y políticas que siguieron a la crisis financiera de 2008 y la reacción de los gobiernos europeos ante el éxodo de las poblaciones escapando del hambre y la guerra en Irak o Siria condenaban a gran parte de la población mundial al estatus de parias apátridas del neoliberalismo. Estaba sucediendo lo que nunca habríamos imaginado: el neoliberalismo no solo no cuestionaba los Estados-nación, sino que además establecía una alianza con sus segmentos políticos más conservadores para frenar el acceso de los subalternos a las tecnologías de poder y de producción de conocimiento. Había comenzado un nuevo ciclo caracterizado por el proceso que Deleuze y Guattari llamaban los «resurgimientos edípicos y las concreciones fascistas».¹

Por ello no es casual que la primera crónica firmada con mi nuevo nombre fuera la del 16 de enero de 2015. Esa crónica habla de otro cruce, del «proceso» que podría llevar hacia una Cataluña independiente. Un proceso que, como el cambio de sexo, corre siempre el riesgo de cristalizar en la construcción de una identidad normativa y excluyente. El sujeto y la nación no son sino ficciones normativas que buscan clausurar los procesos constantemente cambiantes de subjetivación y de creación de sociedad. La subjetividad y la sociedad están hechas de una multiplicidad de fuerzas heterogéneas, irreducibles a una única identidad, una única lengua, una única cultura o a un único nombre. Ridículo cuando se expresa como lucha por la independencia de un Estado

1. Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas*, Valencia, Pre-Textos, 1988, p. 15.

sobre otro, el proceso que tiene lugar en Cataluña es significativo, como lo es aún más en el caso de Rojava o de Chiapas, solo cuando se abre a la posibilidad de imaginar un agenciamiento colectivo anarco-*queer*, antiestatal y transfeminista.

El viaje y la vida en Atenas me hicieron comprender que no era yo el que estaba mutando, sino que estábamos inmersos en una transición planetaria. La ciencia, la técnica y el mercado están redibujando los límites de lo que es y será un cuerpo humano vivo. Esos límites se definen hoy no solo en relación con la animalidad y con las hasta ahora consideradas formas infrahumanas de la vida (los cuerpos no-blancos, proletarios, no masculinos, trans, discapacitados, enfermos, migrantes...), sino también frente a la máquina, frente a la inteligencia artificial, frente a la automatización de los procesos productivos y reproductivos. Si la primera Revolución Industrial se había caracterizado, con la invención de la máquina de vapor, por una aceleración de las formas de producción, la revolución industrial actual, marcada por la ingeniería genética, la nanotecnología, las tecnologías de la comunicación, la farmacología y la inteligencia artificial, afecta de lleno a los procesos de reproducción de la vida. El cuerpo y la sexualidad ocupan en la actual mutación industrial el lugar que la fábrica ocupó en el siglo XIX. Hay al mismo tiempo una revolución de los subalternos y apátridas en curso y un frente contrarrevolucionario en lucha por el control de los procesos de reproducción de la vida. En cada rincón del mundo, de Atenas a Kassel, de Rojava a Chiapas, de São Paulo a Johannesburgo es posible sentir no solo el agotamiento de las formas tradicionales de hacer política, sino también el surgimiento de cientos de miles de prácticas de experimentación social, sexual, política, artística... Frente al levantamiento de los poderes edípicos y fascistas surgen, por todas partes, las micropolíticas del cruce.

Aunque el contexto es de guerra global, no encontrarán en estas crónicas ni pedagogía ni moral. En el cruce no hay dogma. Ni siquiera cuando, enfurecido, respondo a los militantes de la *Manif pour tous*, o los representantes del régimen de la diferencia sexual, o cuando intervengo en las diatribas del #MeToo en las que los patrones del sexo se debaten para mantener sus privilegios tecnopatriarcales. Estas crónicas hablan de putas y maricas, no hablan de «sociología de la desviación», hablan de disidentes de género y sexuales y no de «disfóricos de género y transexuales», hablan de estrategias de cooperación de desempoderados y migrantes y no de «la crisis griega» o de la «crisis de los refugiados», hablan de la dificultad para habitar la ciudad y no de «ciudades verdes», o de «tribus urbanas», o de «barrios periféricos». Dejo esas palabras y su expectativa de clasificación y de control a los expertos disciplinarios: como decía Thomas Bernhard, «cuando el saber está muerto, lo llaman academia». En estos textos propongo pensar en términos de relación y potencial de transformación, en lugar de en términos de identidad.

Verán, sin embargo, que a veces, en los textos que aquí siguen, utilizo un buen número de rudimentos críticos que han sido inventados en los últimos años por los lenguajes feministas, *queer*, trans, anticoloniales y de la disidencia corporal. Piensen que me pongo un manto terminológico cuando escribo, como un migrante necesita un espeso abrigo para pasar el invierno de eso que llaman «hospitalidad» y que no es sino la negociación (más o menos violenta) de la frontera. Esta proliferación de nuevos términos críticos resulta imprescindible: funciona como un disolvente de los lenguajes normativos, como un antídoto frente a las categorías dominantes. Por una parte, es necesario distanciarse de los lenguajes científico-técnicos, mercantiles y legales dominantes que forman el esqueleto cognitivo de la epistemología de la diferencia sexual y del capitalismo tecnopatriarcal. Por otra,

es urgente inventar una nueva gramática que permita imaginar otra organización social de las formas de vida. En la primera tarea, la filosofía opera, siguiendo a Nietzsche, como un martillo crítico. En la segunda, más cerca de Monique Wittig, Ursula K. Le Guin, Donna Haraway, Kathy Acker o Virginie Despentes, la filosofía se convierte en un lenguaje de política ficción que podría permitir imaginar un mundo. En todo caso, ambos lenguajes son estrategias para cruzar las fronteras: las que diferencian los géneros filosóficos, las fronteras epistemológicas entre los lenguajes científicos y de ficción; las fronteras de género, las del idioma o la nacionalidad, las que separan la humanidad y la animalidad, lo vivo y lo muerto, las fronteras entre el ahora y la historia.

Urano se acercó a la Tierra en 2013, cuando yo empezaba estas crónicas y me aventuraba en el camino del cruce. Me gusta pensar que el gigante helado volverá a pasar en 2096, ochenta y cuatro años después de haber completado un giro alrededor del Sol. Entonces, con toda certeza, mi cuerpo (intersexual, transexual, masculino, femenino, monstruoso, glorioso) ya no existirá como carne consciente sobre el planeta. Me pregunto si para entonces habremos sido capaces de superar la epistemología racial y de la diferencia sexual e inventar un nuevo marco cognitivo que permita la existencia de la diversidad de la vida, o si, por el contrario, el tecnopatriarcado colonial habrá arrasado los últimos vestigios de vida sobre planeta. Jamás podré saberlo. Pero deseo que los niños malditos e inocentes estén aún ahí para recibir de nuevo a Urano.

Atenas, 5 de octubre de 2018